Poco más abajo, a medida que nos acercábamos a la gran mole de San Bartolomé, nos hacíamos pequeños junto a los cipreses que escoltan su pétrea figura. La amarillenta luz de la Puerta de la Salida nos invitó a entrar en el entorno de la fuente del mismo nombre. Allí aconteció todo.

El agua caía con decisión por los caños gastados que el tiempo había teñido de verde cobre llenando casi por completo el pilón de largo pretil. Verdes algas de extrañas formas cubrían buena parte de la superficie. El sonido del agua retumbaba en el interior de nuestros oídos en el silencio de la noche y las luces amarillas envolvían el antiguo escenario. No era difícil imaginar los cientos, miles de figuras humanas y animales que a lo largo de la historia encontraron el preciado líquido en la antigua Fuente de la Salida, el agua vivificadora y necesaria para cubrir sus necesidades vitales.

Pasaba el tiempo. Nuestras sombras alargadas iban y venían a medida que nos movíamos junto al agua cuando de repente, un gran **Bufo** *Bufo bufo* de ojos brillantes como nunca habíamos visto apareció ante nuestros ojos, inmóvil, junto al agua. Adivinábamos en la oscuridad su aspecto rechoncho, poco favorecido, su gran boca y rugosa piel mientras intentaba mover su tosco cuerpo. De repente, desapareció en el sumidero por donde discurren las aguas de la fuente al tiempo que un extraño sonido procedente del interior de la tierra dejó volar nuestra imaginación. El agua desaparecía en el sumidero ante nuestros ojos y parecía retumbar en el interior, bajo nuestros pies. Se introducía en el interior de la tierra haciendo un sonido profundo, lejano, extraño, mientras unas voces humanas lastimeras y lejanas imploraban ayuda. Todo muy confuso. El agua, nítidamente bajo nuestros pies. La voces, ¿producto de nuestra imaginación? La vivencia se dramatizó aún más pues en ese momento un “quia, quia, quia” muy agudo y repetitivo llenó la escena e hizo que nuestra inquietud aumentara por momentos. Se trataba del reclamo persistente de la **Coruja** *Athene noctua* a la que jamás había oído emitir semejante quejido. Me dirigí hacia el lugar de donde procedía el sonido y allí estaba, con sus grandes ojos, mirándome fijamente sobre la rama del viejo moral. Parecía querer transmitirnos algo que no podíamos explicar. La escena y los sonidos, totalmente surrealistas. El agua, seguía retumbando en lo profundo de la tierra y las voces ahora parecía que huían hacia arriba, hacia la ladera del castillo, muy arriba, hacia las viejas piedras iluminadas por la amarillenta luz de su pasado. Allí también hay sonidos extraños que un día contaré.

Inquietos por la escena y las diferentes vivencias de la noche, volvimos sobre nuestros pasos sin mirar atrás. Aún junto a la muralla de los arrabales mientras caminábamos con paso rápido y decidido volvieron a aparecer sonidos difusos e inquietantes, que desaparecieron a medida que nos alejábamos mientras comentábamos incrédulos lo ocurrido. ¿Había sido todo real o producto de nuestra imaginación?

Fotos: Victoria Fraile & autor

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Atienza de los Juglares. #129, 1/9/2020.